

Las manos y las piernas muy pecosas,
De mosquitos, espesas picaduras,
Con unas camisetas deseosas
De ver algún jabón por sus costuras:
Las espadas sin vainas y mohosas,
Hartas de romper tripas y asaduras,
Peores y de mas malas maneras
Que forzados que huyen de galeras.

Todos ellos estaban admirados
De ver en estos hombres tan vil traje;
Mas ellos les contaron sus cuidados,
Su mas que prolisimo viaje:
Los trabajos inmensos comportados,
La braveza del bárbaro salvaje,
Los terribles calores, los estios,
Innumerables ciénegas y rios.

Contando que ni noches ni mañanas
Vian enjuta ropa que se lleva:
A las gentes compuestas y galanas
No les pareció bien aquesta nueva;
Y así mostraron todos malas ganas
De tornar á hacer aquella prueba,
Antes de procurar con el que manda
Que mudase derrotas y demanda.

Luego vinieron todos á concierto
De que los bergantines mal parados
No hiciesen mudanza deste puerto,
Sino los que venian aviados;
Y que para dar cuenta de lo cierto
Fuesen algunos hombres señalados,
Que pudiesen á Ortal decir de vista
El suceso de toda la conquista.

Fueron pues, para dar razon entera,
Nombrados de comun consentimiento,
Miguel Holguín y Pedro de Ribera,
Personas de muy gran merecimiento;
Y para proseguir esta carrera
Las velas hacen dar al manso viento;
Llegaron á la isla referida,
Donde estaba la gente detenida.

A prima fronte fueron recibidos
Con aplausos de gran contentamiento;
Pero ya los desmanes entendidos
Engendröse pesado sentimiento:
De cuya causa todos son movidos
A no perseverar en el intento,
Sino procurar ir otro camino,
Que yo diré con el favor divino.

CANTO CUARTO,

Donde se cuenta la mudanza que hubo en el campo del gobernador
JERÓNIMO DE ORTAL, y cómo determinó entrar por Maracapana, y las
demás cosas acontecidas en aquella provincia.

Muchas veces los males sucedidos
A los hombres pasados ó presentes,
Nos hacen recatados y advertidos
Para seguir caminos diferentes:
Bien como son ejemplo los punidos
A muchos para no ser delinquentes,
Pues aunque no padezcan la tal pena
Póneles duros frenos el ajena.

Ansí, pensadas bien adversidades
Del rio de Uyapar y sus entradas,
En todos ellos hubo novedades,
Algunas algo ya demasiadas.
Ortal mudó sus propias voluntades
Como vió las de todos tan mudadas,
Determinándose como prudente
Poner en Neveri toda la gente.

Salieron todos pues de la ribera
Para donde tenían concertado,
En lugar del Alonso de Herrera
Por general un Agustín Delgado:
Dignísimo de mucho mas que fuera
Bastante para muy mayor cuidado,
Y aviados en paz y con sosiego
Ortal para Cubagua se fué luego,

A fin de recoger alguna gente,
Que hicieron ausencia del armada,
Y cosas que serian convinientes
A la prosecucion de la jornada:
Allí supo delitos diferentes,
Dignos de corregir mano pesada,
Y en una levantisca compañía
Un no sé qué hedor de sodomía.

Habian destos ya hecho justicia
En Uyapar, según es ordinario,
Pero disimulöse la malicia
De cierto calafate necesario:
Ordás agora desto dió noticia,
Y cada cual allí le fué contrario;
Mandándole prender los de Cubagua,
El dicho hizo fuga por el agua.

Venciendo con grandísima constancia
De las ondas del mar montes supremos,
Con tan grande vigor y vigilancia,
Que en las humanas fuerzas son extremos:
Navegó siete leguas de distancia
El cuerpo por batel, los brazos remos,
Tantas leguas nadó desde esta playa
Hasta poder llegar á las de Araya.

Fuera del mar salió; mas ¿qué aprovecha
Que Neptano quisiese reservallo,
Pues si tal elemento lo desecha,
El del fuego no quiso desecharlo?
La tierra que holló también acecha
El rastro que tomó para tomallo,
Las llamas avivó fuerza del viento,
Donde vido su fin y acabamiento.

A Neveri llegó nuestro Delgado
Donde desembarcó su compañía,
Luego hizo fundar pueblo nombrado
San Miguel, por llegar en este dia:
Asiento todas horas infestado
De mosquitos inmensos que tenia,
Tantos, que cubren barbas y cabellos,
Y andaban como tontos todos ellos.

Tomaron por alivio de su pena
Disciplina de golpe riguroso,
Ojeando con ramos de verbena
Las picas del ejército goloso:
Algunos se cubrian con arena
Por tener algun poco de reposo,
Podian reposar desta manera
La cabeza tan solamente fuera.

Hubo hambre crüel y calentura
A vueltas de tormento tan terrible:
El indio nada da, ni se procura
Sino por su rescate conveniente;
Faltábales, y en esta coyuntura
Para se la tomar poco posible,
Impedian los tiempos y razones
Hacelles á los indios sinrazones.

Demás de que los indios del paraje
No ponian á paz algun embargo,
Y pudieran quitalles el pasaje
Para no se meter más á lo largo:
Muchos allí hacian su viaje
De Cubagua con este mismo cargo,
De rescatar esclavos ó comida,
Luego la paga dello proveida.

Que también entre indios se hacian
Pesadimosos saltos y nocivos:
Mataban, abrasaban, destruían,
Traian á sus tierras muchos vivos;
Y aquellos rescataban y vendian
Como sujetos suyos y captivos,
Y aun algunos insanos y dementes
Vendian á sus hijos y parientes.

Por haber los esclavos tan barato
Se frecuentaba bien este camino;
Y en estas dichas ferias y contrato
Un Luis de Sanabria fué ladino;
El cual, después que ya dejó su trato,
En este nuevo reino fué vecino;
Fué capitán entonces diligente,
Astuto, lijerísimo, valiente.

Estando pues el pueblo tan doliente,
Y la gente de todo bien ajena,
El Sanabria llegó con otra gente
De esclavos proveida la cadena:
Llegaron Diego Gomez, Luis Valiente,
Un Joan Guillén, Riberos y Villena,
Por quien en tempestad tan afligida
Fué la misera gente socorrida.

Después que estos salieron del inviso
Lugar y playa mal apercebida,
El Agustín Delgado luego quiso
A todos dar remedio y á su vida:
Al gobernador hizo dar aviso
Pidiendo brevedad en su venida,
Siendo por su mandato mensajero
El cabal Alonso Alvarez Guerrero.

A Cubagua llegó, donde se vido
Con el gobernador dando razones
Bastantes para ser persuadido
A huir cualesquiera dilaciones:
Partióse luego bien apercebido
Con cien escogidimos varones,
Un sacerdote de mi mismo nombre,
Francés de su nacion y cabal hombre.

Volvió con él Sanabria como guia,
Principal adalid del campo nuestro,
Porque para lo que se pretendia
Ninguno pudo ser mejor maestro:
A rescatar salió como solia
Entrando por la tierra como diestro,
Yendo también con él Gomez de Armada,
Ansimismo persona señalada.

Pocos dias después de su partida
Volviéron estos dos rescatadores,
En Indias abundancia de comida
Noticia de caciques muy mayores:
Por ellos otras veces entendida,
Siendo los de la costa los autores;
Mas á cristianos ojos nada desto
Antes habia sido manifestado.

Pues aunque frecuentaban las armadas
La costa so colores de rescate,
Entrarse mas que dos ó tres jornadas
Teniase por grande disparate;
Y no con herraduras preparadas,
Por ser su buen rocío el alpargate,
Aconteció volver veces no pocas
Quebradas las cabezas y las bocas.

Pues al que por la paz era ya nuestro
Menos se reservaban las cabuyas,
Que son prisiones hechas de cabestro,
Españoles usando de las suyas:
Pues robaban á diestro y á siniestro
Piezas, sin respetar cuáles ni cuyas,
Por causa de lo cual muchos caian
En las redes y lazos que hacian.

A vueltas de las cuales insolencias
Acontecidas en aquel distrito,
Hubo tantos encontros y pependencias
Que será proceder en infinito
Tanta diversidad de menudencias
Querer aquí ponellas por escrito,
Valentías y hechos soberanos,
Do pudieron mas indios que cristianos.

Tanto que solo uno descontento
De vellos ir un alto demandando,
Donde según comun entendimiento
El debía de estar atalayando,
Hizo volver espaldas mas de ciento,
Unos sobre los otros tropezando,
Y el indio solo que les acomete
Hirió de mala muerte seis ó siete.

Lo cual en Guantar fué y á mediodía
No yendo nuestra gente descuidada,
Por ser el reventon que se subia
Cuchilla por los lados desrumbada:
Retrayóse del indio quien los guia,
Sospechando ser mas en la celada,
Mas que de paso vuelven descendiendo,
Y el indio solo se quedó riendo,

Diciéndoles en lengua conocida
Haciendo la pernetá por gran rato:
«¡Ah guarichas! ¿poneis en huida
Por escapar del indio Manicato?
Venid, venid por piezas y comida,
Que aquí la venderemos bien barato.»
Y si dieran lugar los mal heridos,
Volvieran por estar todos corridos.

Otros insignes lances desta gente
Pudieramos contaros sucesivos,
Do dejaron el asa y aun la frente
Capitanes de punto bien altivos:
Y sé que pican valerosamente
Cuantos hoy por allí se hallan vivos;
Porque continuas guerras de los nuestros
Los han hecho mas sueltos y mas diestros.

Pero con tantas idas y venidas
De las cercanas islas con armadas,
Quedaron estas tierras destruidas,
Sus costas y fronteras asoladas;
Y si fueran entonces repartidas
Segun las cosas hoy van ordenadas,
Fuera la poblazon que represento
A muchos españoles gran sustento.

Mas nunca se curó nuestra compañía
De poblar por allí sierra ni llano,
Con poder competir con nuestra España
En gentes ó muy poca menos mano:
También Ortal se dió muy mala maña
Estando lo de dentro todo sano,
Y pudiendo los indios ser instrutos
En acudir con rentas y tributos.

Si don Diego de Ordás allí se viera
Después que revolvió de los raudales,
Otro concierto y orden se tuviera
En fundarse ciudades principales
Como quien entendió qué cosa era
Poblar y repartir las tierras tales;
Pues adonde de gentes hay grandeza
Con ellas se granjea la riqueza.

Mas los que por allí llevaban cargo
Otro Pirú buscaban solamente,
Y así siempre colaban á lo largo
Dejando muy atrás el bien patente:
Fué cierto pesadísimo letargo
No considerar mas que lo presente,
Y ser de todos principal estima
El oro que hallaban de por cima.

Preciando pues Ortal el interese
Que prometian estas relaciones,
Al Agustín Delgado mandó fuese
Con dos ó tres caballos y peones,
Para que mas adentro descubriese
Aquellas afamadas poblaciones;
Fueron del general apercebidos
Cincuenta y tres peones escogidos.

La partida pusieron en efeto
Con las posibles fuerzas y recado,
Los de caballo son Moron y Nieto,
Un Francisco de Chaves y el Delgado:
Cada cual dellos en mayor aprieto
Mas suelto, mas valiente y esforzado,
Atravesaron por Cumanagoto
Sin haber en los indios alboroto.

Travesaron diez leguas de arcabuco
De tierras secas, pero bien pobladas,
Sin riberas de yedras ó bejuco,
Pues en Jagueyes eran las aguadas:
Vinieron á salir á Guacharuco,
Provincias algo ya mas escombradas,
Y á Paripamotu, gente guerrera,
Casi como soldados de frontera.

Porque todas aquestas pertenencias
De indios á la costa mas cercanos
Tenian muy crüeles competencias
Con los que residian en los llanos;
A causa de las cuales diferencias
Fueron bien recibidos los cristianos:
Hicieron paz con estos naturales
Dejando muchas cruces por señales.

Estuvieron allí tercero día
Con sustento que fué mas que bastante,
Pidieron á los indios luego guía
Para poder pasar mas adelante:
Continuaron esta travesía
Por tierra llena, fértil y abundante,
Admirados de ver tantos caminos
Y tan inmensa copia de vecinos.

Enviaban espías los señores
De saber intenciones deseosas,
Alborotábanse los moradores,
Teniéndolos por hombres sospechosos:
Asegurábalos destos temores
Ver pocos ellos siendo poderosos,
Algunos deseaban rompimiento
Por descubrir aquel encantamiento.

Juntándose pues cierta compañía
De pobrezuelos menos importantes,
Un jueves á las diez horas del día,
Vinieron contra nuestros caminantes
Con aquella bravosa lozania
Que suelen en rencuentros semejantes:
El Delgado, por no caer en mengua,
A voces les habló con una lengua.

«Reprimid, buenas gentes, vuestras riendas,
Procurad evitar inconvenientes,
Que no queremos guerras ni contiendas,
Si no seros amigos y parientes:
Donde no, tomaremos las enmiendas,
Como merecen tales accidentes;
No venimos con áspera demanda,
Porque nuestro gran rey así lo manda.

»Es rey universal deste rebaño,
Y manda que si dais las amistades
Os reserven de todo mal y daño,
Os digan y declaren las verdades,
Para que con un santo desengaño
Dejéis vuestras antiguas ceguedades,
Conozcáis y adoreis en este suelo
Al sumo Hacedor de tierra y cielo.»

Los indios, que venían muy follones,
Respondían las armas meneando:
«Bien sabemos que sois unos ladrones,
Que andáis noches y días salteando:
Flojos, haraganos, mogollones,
A trabajos ajenos regoldando,
Toma maíz, toma tortillas hechas,
Y disparaban cantidad de flechas.

Viendo los nuestros tanta desvergüenza,
Y tres ó cuatro dellos ya heridos,
La fuerza del sufrir quebró su trenza,
Soltando los que estaban detenidos:
Guazavara sangrienta se comienza,
Con gran enojo son acometidos;
Salen los caballeros castellanos,
Y los demás sus armas en las manos.

El general á una y otra mano
Comenzó de jugar la diestra lanza,
Sin dejalle lugar á zurujano
Para curar aquel á quien alcanza:
El Nieto y el Morán no dan en vano,
El Chaves no se mueve con tardanza;
No traen menos bríos los peones
Entre los furiosos escuadrones.

De todos cada cual hace por siete,
Necesidad haciendo que mas pueda,
Holguin al mayor riesgo se comete,
Al mayor escuadron Avellaneda:
Mostraba sus valores Alderete,
Atrás Pero Fernandez no se queda;
Ganaron valerosa laureola
Jejas, Machin de Oñate y Urriola.

Puso tan gran espanto la presencia
De las bestias que van encubiertas;
Las crüeles lanzadas y esperiencia
De los golpes que daban las espadas,
Que hicieron los bárbaros ausencia,
Metiéndose por montes y quebradas,
Buscando cada cual vana guarida
Para poder asegurar su vida.

Como si los que van por plaza rasa,
En las partes que son de su acera,
Viesen fuego venir que las abraza
Con tal encendimiento, que él quisiera;
Huye para remedio de su casa
Del lugar donde está, sin mas espera,
Y corre por las calles por ir presto
De pantufos y capa descompuesto;

Ansi los del ejército salvaje,
Después que vieron las matanzas hechas,
Para la brevedad de su viaje,
Las anchas sendas hallan mas estrechas:
Aquí se destacaban el plumaje,
Allí largan los arcos y las flechas,
Por acullá buscaban un portillo
Para poner en cobro su hatillo.

A los encuentros dichos dada cima,
Caminaron los nuestros á lo llano
Con mas reputacion y mas estima
En opinion del indio comarcano;
No hizo caso dellos Unarima,
Señor que se hallaron mas á mano,
Cacique de soberbias condiciones,
De grandes y estendidas poblaciones.

Ocupaban los campos y riberas
Por do lleva sus aguas recogidas
Unare, cuyas largas sementeras
Hacen estas provincias bastecidas;
Mas no les contentando las esperas
De las gentes allí recién venidas,
Huyeron con caudales y atavio
A la contraria parte deste río.

Con indios que de paz eran venidos
El Agustín Delgado les hablaba,
Siendo por muchas veces requeridos,
Viniesen á la paz que se les daba:
Unarima tapaba los oidos
Y por palabras los amenazaba,
Diciendo: «veros he tan de mañana,
Que pueda la comida ser temprana.

»Tomaremos acá nuestros consejos
En de spicar maíz para tortillas;
Daremos bien guisados los conejos,
Los venados, perdices, tortolillas;
Serviros han los mozos y los viejos,
Vereis en el servicio maravillas;
Comerán á placer los haraganes
Uquiras, guacharacas y faisanes.»

Los nuestros no tomaron mucha pena,
Ni se sobresaltaron con espanto;
Mas antes deseaban dar la cena,
Antes que diesen ellos el ayanto:
La noche se llegó, que fué serena;
Dióles buena sazón oscuro manto,
Asentaron en una baja cumbre
Adonde cada rancho hizo lumbre.

Y fué por todos ellos acordado
Que con escuridad mas sosegada
Tentasen de buscar algun buen vado
Para podelles dar el alborada:
El campo, bien compuesto y ordenado,
Salieron á la hora concertada,
Quedándose las lumbres encendidas
Para disimular estas salidas.

Debajo del intento caminaron
Con alguna manera de rodeo;
Revolvieron al río, do hallaron
Vado que satisfizo su deseo:
Todos con gran silencio lo pasaron
Y ganas de se ver en el torneo;
Pero fueron los indios alterados
Por los otros amigos avisados.

Aunque de claridad hubo penuria,
Los fuertes del ejército salvaje
Acudieron al vado con gran furia,
Pensando perturballes el pasaje:
Los nuestros, por vengarse del injuria,
Habían abreviado su viaje,
Tomando con presteza la ribera,
Donde se recogieron á bandera.

Estando pues parados á la orilla
Poniéndose por orden conveniente,
Dió con ellos la bárbara cuadrilla
Con impetu, que cierto fué terrible:
Comenzóse sangrienta la rencilla
Haciendo cada parte lo posible,
Pretendiendo los indios mas lozanos
De todos los tomar vivos á manos.

Vistas tan atrevidas diligencias
Por los de diferentes confianzas,
Avivaron de veras las pendencias
Golpes de las espadas y las lanzas:
Múdanse pareceres y sentencias,
Abátense las locas esperanzas,
Porque con cantidad de muertes suyas
Los nuestros rehusaban las cabuyas.

Rompiendo batallon el caballero,
A las espaldas hay infantería,
Que va con Alonso Alvarez Guerrero,
El cual hizo grandezas este día:
Lo que Delgado hizo por entero
No puede recitar la pluma mía,
Pues cierto me parece que no miento
Si digo que hacía mas que ciento.

Otros hubo de tanta fortaleza,
Cuyo valor y nombres yo no callo;
Pero no vi jamás igual destreza
En menear la lanza y el caballo:
La maña, la soltura, la presteza
En romper escuadron y derramallo,
Tan á tiempo, sazón, tan á provecho
Como si lo hallara todo hecho.

Viendo los indios pues las mortandades
Y la priesa que daba nuestra gente,
En huyéndose las escuridades
Huyeron también ellos juntamente:
Quedando por aquellas heredades
Muertos setenta, mal heridos veinte;
De los nuestros en trance tan reñido
Joan Martín Labrador solo herido.

A questo hecho con tan buena mano,
Los nuestros prosiguiendo su corrida,
Pasaron en el pueblo mas cercano
Donde hallaron copia de comida:
Venados muertos, cantidad de grano
E ya la gente dél toda huida,
Proveyeron de carne la candela,
Comieron á placer, mas no sin vela.

La cual fué menester porque Unarima,
Estimulado mas por su rotura,
Quiso, creyendo de caer encima,
Tentar segunda vez esta ventura,
Procurando hacer que se reprima
De los advenedizos la soltura;
El cual con este vano pensamiento
Hizo de capitanes llamamiento,

Diciéndoles: «¡Ah, torpes, insensatos,
No hombres, sino bultos de madera!
¿Cómo se sufre que de cuatro gatos
Os dejéis sujetar desta manera?
Los mas dellos enfermos y hipatos
Gente de nuestros reinos extranjera,
Salteando de noche como zorros
Por no tener recurso de socorros.»

»Conciba cada cual mi confianza,
Estén los venenosos tiros prestos,
Que quiero que volvamos á la danza
Para reconocer quién son aquestos,
Tomando dellos la crüel venganza
Que merecen ladrones tan molestos:
Coman agora bien chacos y coche,
Que yo haré que tengan negra noche.»

En aquestas riberas del Unare,
Y los pueblos á ellas circunstantes,
Era su general un Mompíare
Que la gente llevó la noche antes;
Este dijo: «Bien es que me declare,
Porque de la huida no te espantes;
Pues tú ni mas ni menos lo hicieras
Si lo que vimos ansimismo vieras.

T. IV.

»Estos traen allí cuatro visiones
Que curan y regalan en establos,
Mas sueltos y lijeros que halcones
Con unas largas guaicás ó venablos,
Que traspasan humanos corazones
Y asombraran á todos los diablos,
Los otros con macanas tan estrañas
Que rompen ansimismo las entrañas.

Eran tan insufribles las heridas,
La gente que caía tan espesa,
Que tuvimos por buenas las huidas
Aquellos que pudimos darnos priesa:
Por no perder allí todos las vidas
Quedando sin efecto la promesa;
Pero sin recelar el tal estrago
Vamos, que tú verás lo que yo hago.»

Juntábanse bien mil y quinientos
Hombres membrudos, sueltos, escogidos,
Con sus acostumbrados ornamentos
De diferentes armas proveidos:
En aquellos ya dichos aposentos
Los españoles son acometidos,
Repartida por tres toda la suma,
El rey, y Mompíare, y Canaruma.

Unarima guió por la frontera,
Los otros ocuparon ambos lados,
Lo demás reguardaba la ribera
Del río donde no hallaban vados:
Dióse priesa la gente forastera
A ser apercebidos y ordenados,
Repartidos sus breves estandartes
Para se defender por todas partes.

La grita, vocería y alboroto
Rompe los aires por aquellos llanos,
Daba voces el indio Paragoto:
«Vivos me los tomad todos á manos,
Pero contrarios eran deste voto
Nuestros animosísimos cristianos,
Los cuales todos con furor horrendo,
«Santiago, y á ellos», van diciendo.

Hieren á los caballos las espuelas,
Los peones tras ellos repartidos,
Amparándose bien con las rodellas
A los mortales tiros encogidos:
Derribanse narices, rompen muelas,
Todo lugar ocupan los caídos,
Tenían al herir tan buena traza
Que por lo mas espeso hacen plaza.

No lleva tanta furia tigre hircana
A redimir los hijos salteados,
Cuanta lleva la gente castellana
Por redimir encuentros tan pesados:
El caballero lleva buena gana,
Los peones no viven descuidados,
Rompiendo van por el mayor aprieto
Morán, y con él Chaves, Martín Nieto.

También en el hervor de la conquista
El Delgado hacía maravillas,
Sin hallar tropezon que lo resista
De tantas y tan ásperas cuadrillas:
No puede comportar indiana vista
Ver romper tantos pechos y costillas;
Todos en los caballos ponen ojos,
Ya casi resfriados sus antojos.

Vistas pues tan pesadas turbaciones
En el sanguinolento desafío,
La mayor parte destos escuadrones
Procuró de hacer largo desvío;
Y largando nocivas municiones
A nado se metían por el río,
No tuvo después dellos menos grima
Para se retraer el Unarima.

Desbaratadas estas compañías,
Vencidos los que tanto braveaban,
Los nuestros reposaron cuatro días
En aquellos asientos donde estaban:
Asechándolos siempre mil espías
Que principales indios enviaban,
Mas todos apartados y remotos
De gritas y sangrientos alborotos.

8

Estando pues allí nuestros guerreros
Velándose según han de costumbre,
El Unarima hizo mensajeros
Para dallas la paz sin pesadumbre:
El Delgado holgó con los terceros
Tratándolos con grande mansedumbre,
Al alto Dios poniendo por testigo
De selle siempre muy leal amigo.

Pesantes del pasado desatino,
Volvieron con gustosos despidientes:
El señor Unarima luego vino,
Fué recibido bien de nuestras gentes;
Mas por haber andado gran camino
Y ansimismo cansarse los oyentes,
Aqueste canto cese de presente,
Diremos lo demás en el siguiente.

CANTO QUINTO,

Donde se cuenta cómo muchos señores indios vinieron de paz, y cómo si poblaran los españoles y repartieran la tierra, se hiciera un negocio de gran importancia.

Sobre cimientos fijos bien zanjados
Los edificios suelen ser insinés;
Mas cuando los principios van errados
Los medios van por términos ruines;
Y los trabajos son tan mal gastados
Que no pueden llegar á buenos fines;
Podríamos decir que no fué menos
En estos amplios reinos y tan buenos.

Porque dada la paz por Unarima
Sin recibir los nuestros sinsabores,
Vino Guaramental, vino Canima,
Vinieron otros reyes y señores,
Que nombraremos en alguna rima,
O á lo menos dellos los mayores,
Cuando los ofreciere la memoria
Y hicieren al caso del historia.

Ganara pues Ortaal aqueste juego,
Que fué mas importante que yo digo,
Si como lo halló poblara luego
Y no buscara panes de trastrigo;
Mas no quiso tener allí sosiego,
Por lo cual se quedó casi mendigo;
Edificara sobre buen cimiento
Teniendo tan entero fundamento.

Que puesto caso que para guerrera
Industria nunca fué menesterosa,
Consta por otra parte ser sincera
Gente, docible, noble y amorosa;
Y en aquella sazón tan blanda cera
Que della se hiciera cualquier cosa,
De lo cual siempre dieron clara muestra
En cuanto les mandó la gente nuestra.

Porque cuando Delgado caminaba
Con esta poca copia de varones,
Cada cacique dellos cambiaba
Lo que tenía por preciosos dones,
Sin ya sacarse tiros del aljaba
Ni se reconocer alteraciones:
Destos Guaramental el que ya digo
Se les mostraba muy mayor amigo.

Era señor de grande principado,
No sin algun tiránico coraje,
De los demás caciques respetado,
Algunos con prision de vasallaje:
Tenía potentísimo cercado,
Al cual Delgado hizo su viaje;
El bárbaro mostró sus aposentos
Con otros cortesanos cumplimientos.

De buen oro le dió ricas preseas,
Seis pajes de gallarda compostura,
Diez esclavos de rusticas aldeas,
Mancebos sueltos, diestros en cultura:
Tres ninfas, mas no ninfas, sino deas
En examen de toda hermosura,
Guamba, Goroguaney y Mayarare,
Cuyos nombres es justo que declare.

Tomaron estos apellidos tales
Las tres ninfas atrás conmemoradas
De los reinos donde eran naturales
Y al bárbaro le fueron enviadas:
Provincias en grandeza principales,
Por armas y proezas señaladas,
Con quien hasta los tiempos que esto toco
Los españoles han ganado poco.

Los templos son de grandes escelencias,
A la salud humana provechosas,
Propicias y admirables influencias
En producir mujeres generosas:
Tanto que todas tienen las decencias
Que se requieren para ser hermosas,
Con un grave mirar, un aire bello,
Tal que se huelgan ellas de entendedorlo.

Al gran Agamenon y al gran Aquiles
No dieron tanto gusto las doncellas,
Causa de sus pendencias juveniles,
Cuanto dió de las tres cualquiera dellas,
A causa de mostrarse tan gentiles,
Tan bien proporcionadas y tan bellas;
Ellas nunca jamás mostraron saña
De se ver entregar á gente estraña.

Vinieron pues los dones al Delgado,
Los cuales recibió de buena gana,
En recompensa dió puñal dorado,
Un antiguo sayon de fina grana,
Camisa y un bonete colorado
Con una larga pluma muy galana,
Y otras cosas algunas que no cuento
Que le dieron al bárbaro contento.

Fué dentro del cercado recibido
Con las demás personas estrañeras:
Lugar es deleitoso y estendido
Con grandes plazas, calles y carreras;
Por todas partes bien fortalecido
Con muchos flechaderos y troneras,
Casa de armas, arcos reservados:
Para poder armar diez mil soldados.

Otras innumerables municiones
De dardo, de macana, lanza, honda,
Por fuera del cercado prevenciones,
Gente de guarnición á la redonda:
Seiscientos validísimos varones
Que por sus cuartos le hacían ronda,
Casas llenas de todos bastimentos
Que los indios traían por momentos.

Generosas despensas y cocinas
Abundantísimas de sus manjares,
Bodegas de bebidas peregrinas
De maíz y de piñas singulares:
Sobre mas de doscientas concubinas
De diferentes tierras y lugares,
Todas en general muchachas bellas,
Eunucos también en guarda dellas.

Tenía por jueces y retóres
Personas de quien él se confiaba,
Aquestos eran hombres ya mayores
A quien el mas brioso respetaba;
Pobladas horcas de los malhechores,
Porque con gran rigor los castigaba
Por mano de verdugos carniceros,
Que servían también de pregoneros.

Tenían en un canto deste llano,
Donde los pregoneros se subían,
Túmulo levantado por su mano
De gran altor, adonde se decían
Inviolables mandos del tirano,
Que sin poner excusa se cumplían:
Labrador, oficial, hombre de guerra,
Con obediencia va pecho por tierra.

Visto pues el lugar y las princesas
Que tenía con guardas recogidas,
Mandó Guaramental poner las mesas
Muy abundantemente proveidas
De cazas de sus campos y dehesas,
De que son grandemente bastecidas,
Con tantas variedades y maneras
Que no parecen cosas creederas.

Doncellas de lozana bermosura
Allí sirvieron con tan gran limpieza,
Que no se les manchaba vestidura
Que causase desdén á su belleza:
Por ser las ropas de su compostura
Aquellas que les dió naturaleza;
Después estas sirvientes fueron dadas
A las personas mas calificadas.

Las fiestas y convites acabados,
El Guaramental dijo que quería
Que se fuesen á caza de venados
A campos y zavasanas que tenía:
El Delgado con los demás soldados
Le dijeron para ser hermosa,
Mandó luego llamar sus pregoneros
Para que convocasen sus monteros.

Luego subieron estos en el viso
Llamando capitanes y sarjentos,
Llegaron al momento los que quiso,
Que fueron poco mas de cuatrocientos:
Estaban españoles con aviso
Pensando ser contrarios los intentos,
Y que por el corral y larga plaza
Dellos mismos quería hacer caza.

Mas no tenían tales intenciones,
Antes de conservar las amistades,
Pues todas estas eran ocasiones
Para mas les ganar las voluntades:
No sin interesalles pretensiones
De sujetar así parcialidades,
Que por tener grandísima potencia
No le reconocían obediencia.

Siguieron pues los indios sus demandas,
De todos aderezos bien compuestos,
Partidos en escuadras y por bandas,
Por orden y concierto bien digestos:
El gran Guaramental en unas andas
En hombros de gandules bien dispuestos,
Los lados y fronteras van abiertas,
De lince maculoso las cubiertas.

De madera muy negra son unidas,
De la mejor que por acá se halla,
Con chaguales de oro guarnecidas
En todas ellas infernal medalla:
Por otras muchas partes esculpidas
Animales cien mil de buena talla;
Acompañábalo por mas honrallo
Delgado con los otros de caballo.

A punto las adargas y las lanzas,
Afiladas las puntas de los hierros,
Para cazar según nuestras usanzas
Españoles llevaban cuatro perros:
Caminaron con estas ordenanzas
Hasta que llegaron á los cerros,
Adonde las cuadrillas concertadas
Se pusieron en puestos y paradas.

Son bosques de zavasanas estendidas,
Con tal densor que no sabré pintallo,
Las yerbas dellas todas tan crecidas,
Con un poleo de prolijo tallo,
Que si no son holladas y abatidas
No se parecen hombres á caballo,
Algunas arboledas, aunque raras,
Muy limpias de troncones y de jaras.

Cercaron pues prolijo campo luego
De grandes pajonales agostados,
En circuito del pusieron fuego
A una todos, y por todos lados;
Porque huyendo del desasosiego
Hallase los lugares ocupados
La caza donde quiera que acudiese,
Y la llama y ardor la detuviese.

Fué pues el viento llamas avivando,
Con la velocidad que se quería,
El circuito todo rodeando,
Que por momentos menos se hacia:
Diversos animales van saltando,
Buscando lo que fuego no tenía,
Allí de cazadores hay rodeo
Por hartar con efecto su deseo.

Como red que por mar van estendiendo
En partes de placeres convientes,
Do las bajas arenas van barriendo
Con los plomos que están della pendientes,
Y al tiempo que la vienen recogiendo
Congregan muchos peces diferentes,
Y allí vereis del uno y otro bando
Revueltos por la playa palpitando;

Ansi manada junta muy espesa
Vereis de diferentes animales
Cruzar aquí y allí con grande priesa,
En riesgo y en temor todos iguales:
Con el ardor de llamas que no cesa
En acecho se ponen naturales,
Al que del fuego sale derribando
Los unos á los otros reguardando.

Gritaban lidiadores en el coso
Por fuera de las llamas rodeado,
El tigre salta del ardiente foso,
El leon sale todo chamuscado;
Por acullá vereis huir el oso,
Aquí y allí derriban el venado,
El cual si de la llama se desecha
Luego lo traspasaba dura flecha.

Capitanes allí tiran á tema
Sobre cuál dellos mas se señalaba,
Entre ellos se mostró Tunbuzema,
Pues uno y otro y otro derribaba;
Mas el robusto Cliniquichinema
No sacó tiro vano del aljaba,
Y sobre todos fué Guaima Pororo,
Oficio que sabia bien de coro.

La llama hizo mas angosto seno,
Los pajonales todos consumiendo,
Y el compás que restaba todo lleno
De caza que las llamas van rompiendo:
Saltan venados el ardiente seno,
Los pelos chamuscados sacudiendo,
Por donde pareció mas flaca llama
Y la zavana tuvo menos rama.

Como fuente de agua represada
En cumbres altas de lugar fragoso,
Que rota la pared del albarrada
Corre con un furor impetuoso,
Yendo por muchas partes derramada,
Inquiriéndolo lugar de mas reposo;
Ansi salieron estos animales
Derramados por partes desiguales.

Acudieron caballos y los perros
Del tiempo que gardaron desdeñosos,
Rojas están las astas y los hierros
Por el quemado campo presurosos:
Siguen unos la caza por los cerros,
Los otros por los llanos espaciosos,
No corren, sino vuelan como aves
Delgado y el Morán, y Nieto, y Chaves.

Renovóse la caza con aumento
Siguiendo la manada presurosa,
Quien mas derriba queda mas hambriento,
La punta de la lanza mas golosa:
Guaramental estaba muy contento,
Admirado de ver tan nueva cosa,
Los cuatro perros vuelan la dehesa,
Y en gran número dellos hacen presa.

En atención suspensos principales,
Los de mas bajas suertes embobados,
De ver aquellos brutos animales
Del uso de razon enajenados,
Sujetos á los mandos racionales
Sin ser á lo contrario desmandados:
Potencias colocaban y ponían
En la velocidad con que corrían.

Las suertes y los lances acabados
Y los venados muertos recogidos,
Volvieron todos muy recogidos
Do los indios quedaron detenidos:
Fueron de capitanes y soldados
Con letos ademanes recibidos,
Cargaron bien cien indios con la caza,
Y luego se volvieron á su plaza.

Cuál llevaba la cierva, cuál venado,
Cuál oso que llamamos bormiguero,
Cuál montesino puerco chamuscado,
Cuál cori, cuál iguana, monstruo fiero:
Quedó Guaramental en su cercado
De todo lo pasado placentero,
Mostrando de amistad seguras prendas,
Y los nuestros se fueron á sus tiendas.

A los cuales del venatorio Marte,
O caza sin que fuese dividida,
Luego se les llevó la mejor parte
Con otras abundancias de comida:
Cenaron todos ellos de buen arte,
Hizo la noche luego su venida,
Que con vigilantísimos recatos
Se repartió por tres ó cuatro ratos.

Quitadas ya las húmidas cubiertas
De nublós y noturna pesadumbre,
Cuando por los resquicios de las puertas
Entraba resplandor de nueva lumbre:
A los humanos ojos descubiertas
Las verdes arboledas de la cumbre,
El gran Guaramental dejó su lecho
Con imaginación de cierto hecho.

Llamó su secretario dicho Guaima,
A quien otros llamaban Cochibano,
Y con él al insigne Barutaima,
Cacique poderoso comarcano:
Llamó también al fuerte Pariaima,
Que fué su general y primo hermano;
Con estos tres señores solamente
Caminó donde estaba nuestra gente.

Españoles están inadvertidos
E ignorantes desta su venida,
Pero luego que fueron conocidos
Usó de costumbre comedida:
Fueron con gran aplauso recibidos
Y muestras de amistad establecida,
Dándoles con debido miramiento,
Segun sus calidades el asiento.

Mas el bárbaro rey allí sujeto
Con el Delgado aparte se detiene,
Para comunicalle su conceto,
Diciendo con intérprete que tiene:
«Querriate hablar muy en secreto
Una cosa que mucho te conviene,
En lo cual, si respondes con mi gana,
Ternás aquesta tierra toda llana.

» Yo te tengo por hombre tan entero
En valor, en esfuerzo y en prudencia,
Que no dudo ser alto mensajero,
Mandado de divina Providencia;
Y así mientras viviere yo no quiero
Tener contigo dura competencia,
Antes me hallaras á todo blando,
Y á mis gentes sujetas á tu mando.

» El efeto será mas que prometo,
Guiado por tus propios pareceres;
Y aun viendo los demás que me someto
Al orden y concierto que me dieres,
Ternán la reverencia y el respeto
Que deben á la ley que les pusieres,
Y para que esto sea sin zozobra,
Yo quiero ser principio desta obra.

» Mas hágote saber que aunque se vea
Tu lanza con furor de mis varones,
Tengo por imposible que no sea
Contrastada de grandes tropezones,
Que nos amaga ya con la pelea,
Sintiendo mal de vuestras opiniones,
Y sería muy menos esta plaga,
Como de muchos uno se deshaga.

» Este es Orocopon, fiero gigante,
Que con aquestos términos confina,
Varon guerrero, capitán pujante,
Que do quier que sus haces encamina,
Todo cuanto se pone por delante
Asuela, desbarata y arruina,
Cebando siempre filos de su lanza
Sin miedo, sin respeto ni templanza.

» Tiene pueblos quemados y deshechos,
Sus moñadores pobres y mendigos,
Quebrantador de leyes y derechos
Sin reservar amigos ni enemigos:
Darias grandes colmos á tus hechos,
Si de su muerte fuésemos testigos;
Y quebrantado tropezon tan duro,
De los demás podrás dormir seguro.

» Es astuta persona recatada,
Dispuesta para toda competencia;
Mas los agudos filos de tu espada
Podrán cortar los desta pestilencia:
Yo quiero también ir á la jornada,
Y me quiero hallar en la pendencia,
Con aquellos pertrechos y soldados
Que por tu boca fueren señalados.

El bárbaro habló lo que quería,
Alterada la sangre de sus venas,
Como quien por venganza se movía
A tomar deste rey debidas penas,
Y lo que con sus fuerzas no podía,
Quería concluir con las ajenas,
Porque el Orocopon en sus recuestas,
Como dicen, teníase las tiestas.

El Delgado que estuvo muy atento
A todo lo que el bárbaro decía,
Manifestó ser todo su contento,
Efectuar aquello que pedía;
Porque con glorioso vencimiento
Porrían fin á lo que pretendía,
Que señalase cuando y en qué puesto
Pues con los suyos él estaba presto.

Para poder llegar sobre seguro,
Fueron desta manera convenidos,
Que partiesen al tiempo mas oscuro
Con mil bárbaros bien apercibidos:
Hombres para cualquiera trance duro
Usados á rencuentros atrevidos,
Debajo de cristianos estandartes,
Y hecha division en cuatro partes.

Un caballo con cada compañía
Que el indio y español obedeciese,
Y donde mas sangrienta la porfia,
A los mas contratados acudiese;
El acometer fuese con el día,
Cuando la luz primera descubriese,
Y los amigos indios con coronas
De ramos por señal de sus personas.

Concertados los dos desta manera
Con el faraute solo y en secreto,
Quisieron que la noche venidera
Viesen estos conciertos el efeto:
Estuvieron á punto y en espera
Del tiempo que les era mas aceto,
En sus tiendas el Agustín Delgado,
Y el gran Guaramental en su cercado.

El cual luego mandó cumplir la suma,
Su general el mando de su amo,
Aderezóse luego Canaruma,
Trajo sus escogidos Cachicamo,
Sus mas valientes Tunucutunuma,
Todos sus señalados Periamo,
Robustos, sueltos, en las armas prestos,
Pintados piernas, brazos, manos, gestos.

Henchian el compás de la gran plaza
Los fuertes escuadrones de salvajes;
Armados de macana, dardo, maza,
Robustísimos arcos y carcajes;
Sobre la gente de gallarda traza,
Ondean superbisimos plumajes,
Y á la congregación bárbara fiera
Guaramental habló desta manera.

«Un negocio tenemos entre manos
Que esperencia nos ha dificultado,
Do los padres, los hijos, los hermanos
Han mas veces perdido que ganado;
Pero con el favor destes cristianos,
Creo que lo tenemos acabado,
Apartando de mi cualquiera duda
La fuerza y el valor de tal ayuda.

» Con ellos vamos á batalla dura
Por me hacer merced y beneficio,
Sus hechos, sus proezas y ventura
Me dan de la victoria gran indicio:
También de vuestra parte va segura,
Pues vais con su favor y en mi servicio;
Quiero que cada cual se dé tal maña,
Que crédito cobreis con los de España.

» En aquesto deseo que se prueben
Los fuertes y bríosos corazones,
Y vuestros valerosos brazos lleven
A su debido fin mis pretensiones;
Pues conocéis de mí que si se deben
A los tales sus justos galardones,
Nunca supo mi mano ser avara
Para satisfacer hazaña clara.

» De mas del premio que será bastante,
En respuesta de vuestras valentías,
Quiero que pongáis todos por delante
De qué rey y señor sois noborias;
Y esto dará valor al inconstante,
Para que se desechen cobardías,
Pues si lo tanteardes como buenos,
Mi punto no podrá venir á menos.

» Bastaría cualquiera cosa desta
Para quien á vergüenza se sujeta,
Y así debajo de las presupuestas,
Quiero que la salida sea secreta;
Y que tengáis las armas todos prestas
Para cuando sonare la trompeta,
Guiando los armados caracoles
Segun lo dispusieren españoles.

Respondióle por todos los soldados
Pariaima, persona conocida,
Diciendo: « todos van determinados
O de vencer ó de perder la vida;
Y parte no serán mudables hados
Contra gente tan bien apercibida,
O ya para vivir con fama y gloria,
O ya tomar la muerte por victoria.

» Todos estamos destes pareceres
Y estribamos en esta confianza,
De no ver jamás hijos ni mujeres,
Ni gozar de reposo ni holganza,
Hasta que por el orden que quisieres
Tomemos crudelísima venganza,
Lo cual se cumplirá sin duda alguna
A pesar de las fuerzas de fortuna.

» Habló después el noble y el villano
Desechando de sí malas sospechas:
El mas bajo se muestra mas lozano,
Haciendo ciertas las promesas hechas:
Guaramental les daba de su mano
A muchos dellos venenosas flechas,
Al menos á personas señaladas,
Do no sabia ser mal empleadas.

Luego fueron aquestas dichas gentes,
Por parte del cercado divididas,
Y por diligentísimos sirvientes
En cada parte mesas estendidas:
Las cuales de manjares diferentes,
Fueron bastantemente proveídas,
Do cada cual á discreción bebía,
Hasta desaparecer la luz del día.

Quando dorados rayos encubría
Apolo con las ondas de Oceano,
Quando de manto negro se vestía
La cumbre de la sierra y valle llano,
Quando de dulce sueño se vencía
La fatigada vista del humano,
Y el corvo labrador y el afligido
Descansan del trabajo recebido:

Entonces este rey y sus sujetos,
De clementes respetos olvidados,
Quiéren inquietar á los quietos
Y desasosegar los sosegados:
Tocaron instrumentos imperfectos,
A cuyo son llegaron los soldados;
El Delgado también, vistos los sonos,
Vino con sus caballos y peones.

Salió la muchedumbre del cercado,
Guarnida de mortales instrumentos,
Cada cual escuadron tan bien armado
Cuanto pedían tales movimientos:
Juntóse Pariaima con Delgado,
Periamo también y otros doscientos,
Con el Chaves el indio Cochibano
Con trescientos sujetos á su mano.

Con Morán Canaruma y Cachicamo
Con obra de doscientos y cincuenta,
Cada cual dellos suelto como gamo,
Hombres de bien para cualquier afrenta;
Y aquel que Tunucutunuma llamo
Con el Nieto llevó ciento y setenta,
Con el Guaramental por mas valientes
Van los demás como sobresalientes.

Entre los capitanes referidos
Iban para mas fuerza deste Marte
Los demás españoles repartidos,
Siendo dos veces seis de cada parte:
Y cada cual, segun eran rompidos,
Pudiera bien regir el estandarte,
Pues si los mas en partes diferentes
Salieron capitanes excelentes.

Guiaron corredores el camino
Del cuerpo de la gente separados,
E ya de sus triunfos adevinos
Todos de ramos verdes coronados,
Porque de los soldados peregrinos
Fuesen en la batalla reservados:
Marcharon luego todos muy á punto,
Hasta tanto que ya llegaron junto.

Era camino llano y apacible,
La distancia tres leguas solamente,
Y por aquesta causa fué posible
Que llegasen á tiempo competente:
Hicieron con silencio convenible
Alto para descanso de la gente,
Un tiro de arcabuz de los buhíos,
Sin temor de tan duros desafíos.

Luego los infieles y fieles
Caminaron á paso sosegado,
Para se repartir por sus cuarteles
Segun que lo tenían ordenado:
Acechando las calles y placetas
De la ciudad y pueblo desdichado,
Hasta tanto que vino la mañana,
A los mortales ojos ya cercana.

Fué pueblo por entonces prepotente,
Terror de los mayores y menores,
Y cuyas cercas eran solamente
Los brazos de sus fuertes moradores:
Numerosísimo de toda gente,
Con mando sobre reyes y señores,
En calles, plazas, barrios gran distancia,
Verdes macos en él por elegancia.

Unare por la parte del poniente
Con sosegadas aguas lo ceñía,
Campos rasos la parte del oriente
Y del septentrion y mediodía:
Por las cuales estancias libremente
Se dividió la fuerte compañía,
Estando cada cual presto y atento
Esperando señal de rompimiento.

Pues cuando ya su roja cabellera
Por alta cumbre Venus descubría,
Y conocieron ser la mensajera
Del radiante sol y claro día,
Tocóse la trompeta de manera
Que su voz incitó la compañía:
Los unos y los otros entran luego,
Y á casas principales ponen fuego.

Avivóse con gran fuerza de viento,
Segun y como tiene de costumbre,
Suben fumosas llamas al momento
Veloces al altor de la techumbre:
Heridos de temor y desatiento
Acude miserable muchedumbre,
Huyendo del peligro de los senos
A parte donde no hallaban menos.